

con la sacerstana... ¿Y saben lo que dijo?

LAS DOS.—(Afanosas). ¿Qué te ha dicho?

MARÍA.—¡Me ha dicho unas cosas!...

LAS DOS.—Contá; contá.

MARÍA.—Pues, me ha dicho: Todo eso que ves, todo... todo... es del patrón. La casa en que viven ustedes, la capilla, el molino, la echara... todo es de don Sebastián.

PETRONA.—¿Y de ahí?

MARÍA.—¡Ave María Purísima; cuánta tierra!

ANTONIA.—¡Vaya una noticia!

PETRONA.—¿Y qué te dijo de la boda de Marta?

MARÍA.—¡Ah; sí; es verdad! Pues me dijo...

LAS DOS.—(Impacientes). ¿Qué te dijo?

MARÍA.—Pues me dijo... que no sabía nada de esa boda.

PETRONA.—¿Y no lo has visto al puestero, Tomás?

MARÍA.—No, porque había salido en busca del ovejero.

ANTONIA.—¿De qué ovejero?

MARÍA.—De Manuel; de ese que viene de la Estanzuela pá casarse con Marta esta noche.

PETRONA.—¿Esta noche?

MARÍA.—Sí.

PETRONA.—¿Has oído, Antonia?

ANTONIA.—¡Ya lo maliciaba yo!

MOROCHO.—¡Ya lo averiguaron!...

PETRONA.—¿Y quién encargó a Tomás de que fuera a buscarlo al ovejero?... Fué el patrón, ¿no es cierto?

MARÍA.—Pues fué el patrón, sí. El patrón de ustedes y mío, y de Tomás y de Marta y de todos... Los casa, porque él lo quiere, y hay que obedecerlo, porque él manda en todos nosotros.

ANTONIA.—(Al Morocho). ¿Y por qué no querías vos que lo supiéramos? (El Morocho se ríe).

PETRONA.—¡Pues ya vés cómo lo sabemos!

ANTONIA.—Y hemos de ir a la boda.

MOROCHO.—Y al infierno por cuenteras.

MARÍA.—Pues yo, hace tiempo que sabía que Marta era cosa del patrón, y que mandándole él que se casara, se había de casar.

PETRONA.—(Asombrada). ¿Qué decís, muchacha?

ANTONIA.—Seguí, seguí.

PETRONA.—Sí; contálo todo.

MARÍA.—Pues oigan, pero no se lo vayan a decir a nadie, ¿no?

PETRONA.—De juro. Hablá no más.

MARÍA.—Una tarde, estaba yo dando de comer a las gallinas, a la sombra de los eucaliptus, cuando los vi venir por el camino de la Estanzuela al patrón y a Marta. Entonces, yo me escondí detrás del tronco más grandote, y los vi pasar junto a mí lao..., muy despacito y sin que me vieran.

PETRONA.—Seguí, seguí.

MARÍA.—Marta, llorando como una chiquilina, sentí que le decía al patrón: "Ya sé que siempre tendré que ser de vos".

PETRONA.—¿Eso le dijo?

MARÍA.—Sí. Y él le contestó: "Pues yo, aunque vos te casés, y aunque me case yo, seré siempre tuyo. No hay otro remedio." (Imitando a Sebastián). ¿Han oído?... ¿Qué cosas, no!... Que Marta sea del patrón, como nos hemos serlo todas, lo comprendo; pero que el patrón sea de Marta? eso no me cabe en la cabeza.

MOROCHO.—¡Hasta los chiquilines han de enterarse! ¡sabandijas!... ¡Cállense, por caridad, no más!

PETRONA.—Y, si es cierto, ¿qué?...

MOROCHO.—¡Cállense, les digo; que aquí no más viene Marta!